

sión de destruir. De toda la aldea sólo quedaron intactas veintitrés casas que estaban un poco apartadas (1) y sobre las ruinas y entre los muertos yacían los heridos, tantos en número que era imposible asistirlos. Ya hemos visto las pérdidas de los bávaros; las de la infantería de marina han sido calculadas en 2.600 hombres. En medio del silencio siniestro resonaban de cuando en cuando las descargas: no era ya aquel el ruido de la batalla, sino el de las ejecuciones de los habitantes que, habiéndose asociado á la lucha y hecho por ello reos del crimen de defender sus hogares, fueron detenidos, juzgados sumariamente y fusilados en el acto. Es más, contra todas las leyes de la guerra, fueron pasados por las armas tres oficiales (2).

Ningún socorro había de suspender ó vengar aquellos horrores. El 12.º cuerpo, extenuado por el terrible combate y doblándose al peso de la depresión que sucede á todo esfuerzo intenso, habíase replegado hacia Balán, parapetándose en los jardines y tras de los muros que rodeaban la aldea, mientras ciertos regimientos retrocedían hasta el *Vieux-Camp*. Media hora más tarde, la llegada del II.º cuerpo bávaro reanimó la lucha y durante largo rato se combatió por la posesión del parque de Balán que los nuestros no abandonaron sino después de una valerosa resistencia. Luego fué disminuyendo poco á poco en aquel campo de batalla la fusilería; en el entretanto, hacia el Norte la artillería hacía un fuego terrible, hasta el punto de que los que habían tomado parte en las antiguas guerras no recordaban haber oído jamás cañoneo semejante. Hacia aquel lado debemos dirigir nuestras miradas; allí iba á decidirse la suerte de la jornada.

## IX

Al despuntar el día, los prusianos del III.º ejército (V.º y XI.º cuerpos) habían pasado el Mosa por Donchery, según queda dicho; y en el extremo Oeste, los wurtembergueses, destinados especialmente á vigilar la dirección de Mezieres, habían atravesado el río por Dom-le-Mesnil. A las siete y media, las primeras columnas del XI.º cuerpo llegaban á Montimont, Briancourt y Vrigne-au-Bois; más á la izquierda, las del V.º cuerpo tocaban en Vivier-au-Court (3). Con las vanguardias iban los comandantes en jefe que eran del V.º cuerpo, Kirchbach, ya curado de la herida que recibiera en Wissemburgo, y del XI.º Gersdorff, que había substituído al general De Bose, herido en Fröschwiller. En todo el espacio á que alcanzaba la vista no se divisaba ninguna patrulla francesa; y en cuanto á informes, escaseaban por haber huído casi todos los habitantes. Separaba á los alemanes de nosotros la doble cinta del Mosa que encerraba en sus sinuosidades la península de Iges. En vista de que la marcha se efectuaba sin encontrar ninguna fuerza enemiga, supúsose que el ejército de Mac-Mahón había renunciado á escapar por el camino de Mezieres; según todas las apariencias, permanecía fijo en sus posiciones, y en caso de haber buscado una línea de retirada, habríase dirigido hacia Carignán. En el en-

tretanto, el rey y el príncipe real habían podido, desde su observatorio de la Marfee y de la Croix-Piot, ver como sus columnas desfilaban en la otra orilla, al Norte de Donchery, y á las ocho y media el V.º y el XI.º cuerpos recibieron la orden de proseguir su marcha y de doblar la inflexión del Mosa, es decir, de realizar la maniobra que había de envolver al ejército francés.

La ejecución de aquel movimiento exigía una habilidad prudente al par que atrevida: la naturaleza de aquella región, poco despejada en aquel sitio, dificultaba las exploraciones y era menester mucha vigilancia para evitar que alguna columna se extraviara. El mayor riesgo se correría al doblar la punta de la península porque allí la carretera, oprimida entre los escarpes de las colinas y el Mosa, seguía el angosto desfiladero de la Falizette, y el peligro, muy grande para nosotros si hubiésemos querido escaparnos por Mezieres, lo había de ser también para el ejército que, caminando en sentido inverso, fuera á nuestro encuentro. Y aun puede presumirse, sin pecar de temerario, que el éxito habría sido imposible si hubiésemos ocupado con nuestra artillería el *Champ-de-la-Grange* y el *Parc-Labrosse*, es decir, los cerros que al Norte y al Sur de Saint-Menges dominaban el desfiladero.

En una marcha tan importante para el resultado de la campaña, los comandantes de cuerpo se dedicaron á dictar las órdenes de detalle que habían de evitar los retardos ó de disminuir los riesgos, habiéndose decidido que el XI.º cuerpo se encaminaría directamente á Saint-Menges y el V.º, inclinándose hacia el Norte, se dirigiría á Fleigneux. A pesar de todas estas prescripciones, no se pudo evitar ni la aglomeración ni ciertos errores de dirección. Cuando el grueso de las divisiones enemigas estaba todavía muy atrás, reprodujose la invariable maniobra prusiana; los artilleros con sus piezas pasaron delante de las columnas y se lanzaron al trote, escoltados por algunos escuadrones de húsares y por una porción del 87.º. A las nueve, tres baterías salvaron el desfiladero y, adelantándose osadamente á la misma vanguardia, se situaron en las alturas del otro lado de la Falizette.

Antes de que amaneciera, el cañoneo de Bazeilles había puesto sobre aviso á las tropas del 7.º cuerpo. Una espesa niebla no permitía distinguir nada; los soldados, transidos de humedad, habían querido encender fuego, preparar el café; pero la leña mojada no ardía. La división Liebert vivaqueaba encima de Floing; á su derecha acampaba la división-Dumont, y detrás la división Conseil Dumesnil. Douay, que con previsora inspiración había hecho ocupar por dos batallones el *Parc-Labrosse*, acababa de llamarlos de nuevo á su lado, juzgándolos demasiado expuestos en aquella posición. Del 5.º cuerpo llegó un refuerzo, prometido el día antes por Mac-Mahón; era la brigada Maussion. Por el lado de Bazeilles se oían aún los cañonazos, bien que algo debilitados por la distancia; en cambio, hacia el Oeste reinaba un silencio absoluto, y un destacamento de caballería que fué enviado á practicar un reconocimiento delante de Illy no vió nada. Transcurrieron las horas sin que ningún indicio denotara la proximidad del enemigo; sólo reinaba cierta agitación en los Estados mayores, en donde se comentaban la herida de Mac-Mahón y los cambios del mando supremo. De pronto nuestras

(1) Carta del alcalde de Bazeilles al general Lebrun (Lebrun, *Bazeilles, Sedán*, pág. 325).

(2) Coronel Rousset, *Guerre de 1870*, tomo II, pág. 315, nota

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

patrullas tropezaron cerca de Saint-Albert con la caballería prusiana; en el *Parc-Labrosse*, que sólo habíamos ocupado para luego abandonarlo, situáronse los cañones; algunas compañías de infantería, saliendo del desfiladero, lanzáronse unas hacia Saint-Menges y otras hacia Floing; y en seguida las granadas enemigas cayeron en nuestras filas.

Al principio nuestra artillería contestó vigorosamente. Nuestras tropas, cansadas de una enervante espera, lejos de temer el combate lo deseaban; y quizás una rápida ofensiva en los comienzos de la batalla habría trastornado los planes del adversario. El grueso del cuerpo, procedente de Montimont y de Briancourt, se extendía á lo largo del Mosa, y una de las brigadas, la del general Schkopp, buscaba penosamente el camino á la salida de Vrine-au-Bois, y habiendo quedado muy atrás, acabó por intercalarse en las columnas del V.º cuerpo que comenzaban á salir de Vivier-au-Court; de modo que los prusianos sólo tenían en el lugar de la acción un poco de artillería, un regimiento de infantería y cuatro escuadrones de caballería. Aquel corto instante no fué aprovechado por los nuestros. Entretanto, la previsión del adversario procura abreviar el momento crítico: el general Gersdorff escala las alturas, mide el pasajero, pero alarmante peligro, hijo de la insuficiencia de las fuerzas, y decide que la artillería realice lo que la infantería no puede todavía realizar. A este efecto ordena á sus oficiales que vayan al encuentro de las columnas, en busca de las baterías, las cuales acelerando su marcha dejan atrás á las tropas de á pie y á costa de grandes esfuerzos coronan las alturas que hay al Norte de Floing. Siete llegan una tras otra; sin embargo, nuestras ametralladoras bien protegidas continúan la lucha valerosamente; pero en esto salen de Saint-Albert cuatro nuevas baterías que, tomando posiciones, comienzan á formar la larga línea circular que acabará por aplastarnos.

La marcha del enemigo hacia Saint-Albert y hacia Saint-Menges indicaba con bastante claridad el propósito de envolvernos, y daba á esta conjetura el carácter de certeza el hecho de que hacia Villers-Cernay se operaba un movimiento análogo. Lo que Douay veía al Oeste y al Nordeste, es decir, por la parte del Mosa y en la boca del desfiladero de la Falizette, podía observar lo Ducrot al Este y al Nordeste, es decir, más allá del Givonne.

También allí extendía sus anillos el enemigo; este enemigo eran los sajones que, contenidos largo rato por la división Lartigues, acababan de conquistar la aldea de Daigny, y era sobre todo la Guardia prusiana.

Esta había abandonado muy temprano sus acantonamientos y se había dirigido á Villers-Cernay, adonde había llegado á las ocho el grueso de la I.ª división. Desde allí la vanguardia, inclinándose hacia el Oeste, había encaminado hacia el Givonne, y aunque muy hostilizada por nuestros tiradores, había proseguido su camino sin gran retraso, y á las diez ocupaba la parte Norte de la aldea é interceptaba la carretera de Bouillon. Al mismo tiempo, un destacamento de húsares avanzó hasta la granja de la Virée, y poco después la artillería, alineada delante del bosque de Villers-Cernay, disparó contra las colinas de la orilla derecha del Givonne, es decir, las posiciones del I.º cuerpo francés.

El peligro estaba en todas partes, y si era grande

para Ducrot, más terrible aún era para Douay. Por el desfiladero de la Falizette se nos venía encima la ola continua de las tropas prusianas y en vano una carga de caballería intentó contener al enemigo. Los regimientos se sucedían: el 83.º, el 88.º, el 82.º; cazadores y fusileros procedentes de Saint-Albert desembocaban en la carretera de Floing, mientras otras fuerzas, subiendo al *Parc-Labrosse*, se emboscaban detrás de los muros y desde allí disparaban contra nosotros. Sin embargo, en aquella jornada el papel de la infantería, salvo en Bazeilles, había de ser sólo mediano y secundario: «La artillería es la que lo ha hecho todo,» dirá al día siguiente de la batalla el general Douay.

Y en efecto llegaban cañones y más cañones; á los del XI.º cuerpo iban á juntarse los del V.º, pues Kirchbach, que al frente de sus tropas había ganado el *Champ-de-la-Grange*, había ordenado inmediatamente, como el general Gersdorff, á su artillería que avanzara á toda prisa. Los oficiales se habían adelantado á los soldados, que á su vez habían dejado atrás la infantería, y señalaban las posiciones instalando luego las piezas á medida que iban llegando. Presentóse primeramente la artillería de cuerpo, después las baterías de vanguardia y finalmente otras dos baterías, situándose todas en las alturas de Fleigneux, delante de Illy. A las once de la mañana, desde el *Parc-Labrosse* hasta los linderos del bosque de las Ardenas, extendíase una línea de 24 baterías, 14 del XI.º cuerpo y 10 del V.º.

Entonces se manifestaron entre los nuestros los primeros síntomas de desfallecimiento y se observaron las primeras fugas, por un lado hacia Cazal y por otro hacia el bosque de la Garenne. Por los caminos que aún parecían libres, convoyes y destacamentos trataban de evadirse á todo evento, con el propósito de llegar, costara lo que costase, á los bosques, á Bélgica, ó bien á Charleville ó á Nouzón; sin embargo, la mayoría de ellos habían de ser capturados. En el entretanto, todo se preparaba para cerrar el círculo que debía envolvernos por todos lados. Por la mañana el Príncipe real de Sajonia, comandante del *ejército del Mosa*, había señalado como objetivo á sus tropas la unión con el III.º ejército; las órdenes habían sido cumplidas con exceso, y la Guardia era dueña de Givonne. Una tentativa de nuestro I.º cuerpo para recuperar esta aldea no surtió otro efecto que hacernos sufrir grandes pérdidas en hombres y en artillería. Delante, la caballería enemiga que se dirigía al Norte sólo distaba dos kilómetros de la aldea de Olly que estaba ya ocupada por una parte del 87.º, es decir, por las tropas del Príncipe real de Prusia; de modo que con un pequeño esfuerzo más se juntarían los dos brazos de las tenazas.

¿Qué hacía Wimpffen? Al principio, una potencia extraordinaria de ilusión le había sostenido, y bien se ve así en la *Memoria* que había de publicar al año siguiente y en la cual se leen estas palabras increíbles: «Esperaba poder aplastar al ala izquierda del enemigo, formada por dos cuerpos bávaros, y después de haberlos derrotado y arrojado al Mosa, regresar con el 12.º y el 1.º cuerpos adonde estaban el 5.º y el 7.º para combatir, con todo el ejército reunido, contra el resto del ejército alemán (1).» Subyugado por estos ensueños, el co-

(1) Wimpffen, *Sedán*, pág. 163.

mandante en jefe animó á Douay diciéndole: «Pronto habrá en la meseta más tropas de las necesarias;» dicho lo cual había descendido nuevamente al bajo Givonne, en donde había encontrado no la victoria, sino la derrota. Ante la deslumbradora luz de la realidad, las ilusiones se habían desvanecido, pero no tan por completo que no dejaran alguna huella; en efecto, Wimpffen, á falta de victoria, aferrábase todavía á la esperanza de abrirse paso hacia Carignán, y en vez de enviar á la meseta «más fuerzas de las necesarias,» escribió á Douay: «La izquierda del 12.º cuerpo está muy comprometida; enviad allí todas las tropas de refuerzo de que podáis disponer.» Douay abrigaba todavía la ilusión de que Ducrot, extendiéndose hacia el Calvario, podría conservar la parte oriental de las alturas, así es que se desprendió de la brigada Maussion; y como luego había de desprenderse sucesivamente de las dos brigadas de la división Dumont, no le quedarían más que la división Liebert, muy sólida por fortuna, y la división Conseil-Dumesnil, bastante debilitada después del combate de Beaumont.

Aquella meseta de Floing y de Illy veíase amenazada cada vez más de cerca por el enemigo, precisamente cuando iba á perder una parte de sus defensores. Al mediodía, los húsares de la Guardia habían efectuado cerca de Olly su unión con la infantería del XI.º cuerpo; el cerco era, pues, completo y todas las salidas estaban guardadas lo mismo por el lado de Bélgica que por el Sur, así al Este como al Oeste. Mas no bastaba cercar á nuestro desventurado ejército, sino que era preciso destruirlo. La llegada de dos nuevas baterías elevó á 156 el número de las piezas de la artillería que desplegaron el XI.º y el V.º cuerpos y cuyos fuegos se cruzaban con los de la artillería de la Guardia que había situado sus cañones en la orilla izquierda del Givonne. La meseta, atacada de frente, lo era también de flanco y por detrás y sobre ella caían proyectiles de todos los puntos del horizonte, de las colinas de Fresnois, de Wadelincourt, en donde estaba instalada la artillería del II.º cuerpo bávaro, y hasta del lado opuesto de la inflexión del Mosa en donde la 4.ª división de caballería había colocado dos baterías cerca de Montimont. Este formidable alarde, como escribieron más adelante los prusianos, habría bastado para asegurar el éxito de la jornada, aun sin el concurso de la infantería (1). Esta acababa de llegar, con lo que todo el XI.º cuerpo, á excepción de la 43.ª brigada y del 94.º regimiento, se encontraba en el lugar de la acción. En el V.º cuerpo, la 19.ª brigada y algo más atrás la 20.ª estaban entre Saint-Menges y Fleigneux, y la 9.ª división, utilizando á la vez la carretera y los senderos forestales, se aproximaba al *Champ-de-la-Grange*. Mientras una parte de las fuerzas prusianas se extendía al Sur de Fleigneux y al Norte de Illy, otra porción, dirigida contra Floing se apoderaba de esta aldea, del molino de Maltourné y del cementerio y rechazaba todos los contraataques de nuestros soldados. Gersdorff, el comandante del XI.º cuerpo, seguía desde lo alto del *Parc-Labrosse* los movimientos de sus tropas y combinaba las últimas disposiciones que habían de asegurar definitivamente la victoria, cuando cayó mortalmente herido.

(1) *La guerre franco-prussienne*, tomo II, pág. 1170.

Los más valientes de entre los nuestros cedían ante la aplastante superioridad del enemigo. Douay, Liebert y otros, con admirable valor hacían esfuerzos por contener la huída; pero el que en medio de aquel desastre hizo más prodigios para agrupar los supremos recursos y conservar las últimas probabilidades de salvación fué Ducrot.

Este general, que en aquella jornada trágica había sucesivamente asumido y resignado el mando supremo, al ver la posición de la meseta comprometida, había ido en busca del comandante en jefe y habiéndole encontrado le había dicho: «Lo que yo temía se ha realizado demasiado pronto por desgracia. Las alturas están amenazadas y Douay se encuentra quebrantado; los instantes son preciosos; apresuraos á enviar refuerzos.» Wimpffen, que, como hemos visto, estaba más dispuesto á pedir fuerzas prestadas que á prestarlas, habíale contestado: «Pues encargaos vos de ello,» como si quisiera librarse de una petición demasiado apremiante. Y añadiendo á una especie de división de mando, había añadido: «Sosteneos en este lado y haced venir todas las tropas que podáis; yo me encargo del 12.º cuerpo.»

De modo que por una especie de delegación *in extremis*, extraña como todo lo demás, Ducrot recobraba, bien que sólo por mitad, los poderes que había tenido que resignar poco antes. Ante aquella situación horrosa, cualquier alma menos fuerte que la suya habría retrocedido. A cada instante empeoraba nuestra condición; por la parte del Mosa, el enemigo ocupaba Floing, y encima de Floing estaba fuertemente posesionado del *Parc-Labrosse*, estando también en su poder el *Champ-de-la-Grange*, Saint-Menges, Fleigneux, Olly, es decir, todo el gran círculo de las alturas situadas al Sur de la selva de las Ardenas; y al Este, las granadas de la Guardia prusiana llegaban á la meseta cada vez más numerosas, pasando por encima del Givonne. La meseta de Illy, vulnerable ya de todos lados, aparecía cercada, barrida por los proyectiles como un buque por las olas, ostentando en su cumbre los dos tilos de su calvario como los mástiles de un buque en peligro. Detrás, el bosque de la Garenne, algo protegido todavía por sus oquedales y sus sotos, brindaba á los espíritus desfallecidos, á los corazones fatigados, todas las tentaciones de la fuga. Ducrot, convertido de nuevo en jefe por la necesidad, dió las órdenes que habían de retrasar la catástrofe y de salvar por lo menos el honor. Era preciso conservar la meseta á toda costa, y el comandante del I.º cuerpo, escudándose en el nombre de Wimpffen para evitar cualquiera vacilación, mandó al general Forgerot, comandante en jefe de la artillería, que condujera á las alturas todas las baterías disponibles, ordenó á las divisiones Pellé y Lheriller que subiesen á las colinas y envió por último un oficial al general Margueritte para que con su división estuviera dispuesto á cargar (2).

Entonces, en medio de la perturbación de un gran número, presenciáronse una serie de esfuerzos sublimes aunque impotentes. Las primeras baterías, dice un testigo ocular, fueron pulverizadas en pocos minutos; pero llegaron otras y sin mirar la espantosa desigualdad continuaron el combate. En la lucha, las baterías prusi-

(2) General Ducrot, *La journée de Sedán*, pág. 34.